

ADAM SMITH: ¿LIBERAL O CRISTIANO?*

Leonidas Montes*

Esta presentación tiene por objeto analizar la cara menos conocida de Adam Smith respecto a su relación con el liberalismo y el cristianismo. Para ello se comienza con una breve reseña de su vida, con el fin de aclarar ciertos temas referidos a su obra. En seguida se analiza el contexto político-económico subyacente a la publicación de la *Riqueza de las Naciones*, destacándose sus diferencias con el mercantilismo y los fisiócratas. En la tercera parte, a través de una revisión de las funciones que Adam Smith le asigna al Estado, se cuestiona la imagen del padre de la economía como defensor del *laissez faire*, advirtiéndose otros elementos que podrían haber influido en su pensamiento. Además se plantea que su original posición respecto a las religiones puede considerarse como evidencia adicional de que el padre de la economía sería un agnóstico práctico. Termina la presentación con unas breves conclusiones y una opinión personal respecto a la pregunta de si se puede ser católico y liberal, tema del ciclo de conferencias en que se expuso este ensayo.

Frente a la pregunta acerca de la relación entre liberalismo y catolicismo —el tema del ciclo de conferencias organizado por el CEP—, dejando de lado cuestiones contingentes y opiniones personales, he intentado conectar este asunto con el legado intelectual de uno de los grandes pensadores del liberalismo: Adam Smith. Por una parte, surge la inquietud respecto a la posición de Adam Smith en el tema de las religiones, y su relación personal con el cristianismo. Por otra, una pregunta acerca de “la naturaleza y las causas” del liberalismo en Adam Smith. Lo primero exige revisar algunos aspectos de su vida e

** Artículo publicado en *Estudios Públicos* (Verano de 2004), 93. La dirección agradece a María Teresa Miranda el permiso para la reproducción del artículo. En ese número el artículo fue publicado con la siguiente aclaración: “Versión escrita de la charla dada el 25 de junio de 2003, en el marco del ciclo “¿Se Puede Ser Liberal y Católico?”, organizado por el Centro de Estudios Públicos. En esta misma edición se reproducen las conferencias de Alejandro Vigo, Óscar Godoy A., Ernesto Rodríguez, Antonio Bascuñán, Joaquín Fermandois y Pablo Ruiz-Tagle.

El autor agradece a Alejandra Carrasco y Fernando Atria por sus expeditos y perceptivos comentarios a esta versión escrita de la charla, como asimismo al Comité Editorial del CEP por algunas correcciones necesarias y una importante sugerencia respecto a un problema de fondo que espera haber aclarado.”

* LEONIDAS MONTES L. Ingeniero civil industrial, licenciado en Filosofía, magíster en Ciencia Política (Pontificia Universidad Católica de Chile); MPhil, PhD en Economía (King’s College, Universidad de Cambridge). El autor se desempeña como investigador del Instituto de Economía Política y profesor de economía en la Universidad Adolfo Ibáñez

investigar su posición respecto a las religiones, especialmente en el libro V de *Una Investigación acerca de la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones* (WN)¹. Lo segundo me motiva a exponer una tesis más provocativa frente al generalizado supuesto de que Adam Smith sería el padre del liberalismo, en particular del liberalismo económico. Esta idea se encuentra arraigada en nuestra conciencia cultural y es recurrente la imagen de la mano invisible para justificar dicha lectura. Mi intención es argumentar que Adam Smith es un agnóstico práctico y que su liberalismo económico plantea algunas restricciones que atentarían contra el libre funcionamiento del mercado, como también resaltar que existen razones político-económicas particulares de su época que habrían sido un factor determinante en su pensamiento. Es decir, según esta última afirmación, su liberalismo económico podría ser también consecuencia de una postura que obedecería al contexto de su época.

Por tanto, la primera sección de este ensayo cubrirá algunos antecedentes de su vida, haciendo hincapié en ciertos puntos fundamentales que permitan visualizar sus obras como parte de un gran proyecto. La segunda parte, como está dicho, postulará una interpretación alternativa respecto a la relación entre Adam Smith y el liberalismo económico, que no pretende cuestionar el merecido sitio que ocupa como uno de los pilares de lo que hoy definimos como liberalismo, sino simplemente llamar la atención sobre otra interpretación relevante y sus implicancias metodológicas. En esta sección se analizará el contexto político-económico de la época, enfatizándose el pensamiento de las dos grandes corrientes de ese entonces: mercantilistas y fisiócratas. La tercera parte presentará un análisis de los roles que Adam Smith le asigna al Estado, destacando su posición respecto a las religiones. Algunas breves conclusiones intentarán insinuar la relevancia metodológica de estos temas, dando pie a ciertas consideraciones personales.

1. Algunos aspectos generales de la vida y obra de Adam Smith

Pocos detalles conocemos de la vida de Adam Smith. Su correspondencia es pobre y poco frecuente. No en vano su gran amigo David Hume comienza una carta en 1766 con una queja explícita, escribiéndole “Puedo escribir tan rara vez y de manera tan breve como tú” (Corr. 90, p. 110), lo que estaría sin duda motivado por la poca frecuencia y parquedad con que escribió Smith. Esto último claramente refleja un aspecto fundamental de su personalidad, muy diferente del carácter jovial y gregario de su gran amigo David Hume. Lo que sí podemos afirmar es que Adam Smith fue ciertamente muy cauteloso respecto a su vida privada, por lo tanto sus creencias religiosas y su verdadera posición política, entre otros temas, son fuentes de continua especulación intelectual. Afortunadamente, pese a la falta de información de la fuente primaria, contamos con algunos testimonios de la época que nos permiten conocer aspectos de su carácter relacionados con interesantes episodios de su vida.

En 1723 Isaac Newton, el padre de la física moderna, tenía 81 años. Ese mismo año, en plena revolución newtoniana, nace el padre de la economía². Su niñez transcurre en el pequeño pueblo escocés Kirkcaldy, donde sólo había aproximadamente 1.500 habitantes a comienzos del siglo XVIII (Rae, 1895, p. 7). A los 14 años, como era común en esa época, comienza sus estudios en la Universidad de Glasgow, en una ciudad que había

experimentado un rápido crecimiento económico después de la unión entre Escocia e Inglaterra en 1707. El traslado desde su pueblo natal a una próspera ciudad comercial debe haber impactado al joven Smith.

Sus estudios universitarios versaban en lenguas clásicas, filosofía (lógica, metafísica y pneumática, *i. e.*, el estudio de los espíritus), teología, matemáticas y filosofía moral. Sin duda esta última disciplina tuvo una enorme influencia en el joven Smith, sobre todo porque esta cátedra estaba en manos del “nunca a ser olvidado Francis Hutcheson”³, padre de la doctrina del sentido moral (*moral sense*) e indiscutida influencia en Hume y Smith. El notable desempeño académico de Adam Smith le permite obtener una beca para la Universidad de Oxford, por lo que en 1740 parte a Balliol College. En contraste con la rica vida académica de Glasgow, esta experiencia universitaria de algo más de seis años fue una desilusión para el joven Smith, por lo que su crítica a la Universidad de Oxford, como veremos más adelante, fue implacable. Pero a la vez constituyó un período de extraordinaria formación intelectual⁴.

De regreso a su ciudad natal comienza a buscar trabajo, y es sólo dos años después, gracias a la influencia de Henry Home of Kames (lord Kames a partir de 1752), que el joven graduado de Oxford, con su flamante acento inglés, comienza a dictar unas clases públicas de literatura en la Universidad de Edimburgo. Este período dura tres años y no sólo le permite a Smith obtener cierta fama como *man of letters*, sino que además lo sitúa en una atmósfera intelectual donde conoce a importantes personajes del quehacer político, social e intelectual, y pasa a formar parte de una serie de clubes privados en los que participa de las discusiones de la época. A comienzos de 1751 Smith es elegido para la cátedra de lógica en la Universidad Glasgow, pero a los pocos meses un fortuito evento sería determinante para su futuro académico. Por motivos de salud, el profesor Thomas Craigie, sucesor de Francis Hutcheson en la famosa cátedra de filosofía moral, tuvo que dejar su puesto y le piden a Smith que lo reemplace⁵. Ocupa esta importante cátedra entre 1752 y 1764, y es a partir de esta experiencia intelectual que se comienzan a forjar los primeros indicios de lo que será el legado de Adam Smith. Sus clases de filosofía moral, según el testimonio de su alumno y amigo John Millar, comprendían teología natural, ética, jurisprudencia y economía política (lo que Millar llama *expediency*, ver EPS, pp. 274-75).

Es importante analizar la composición de su cátedra. Poco sabemos acerca de sus enseñanzas de teología natural, pero a juzgar por el contenido de los manuscritos acerca de sus clases, es evidente que no era un tema relevante para él. Sus clases de ética, en cambio, serían el fundamento de *The Theory of Moral Sentiments* (TMS), cuya primera edición se publicó en 1759⁶. Una simple lectura de este texto permite inferir que la evolución de las ideas de Smith sobre filosofía moral se desarrolló al unísono de sus clases sobre el tema. Pero también se podría concluir, en una primera lectura de este libro, que el lenguaje deísta que utiliza sería reflejo fehaciente de sus creencias religiosas. Mi opinión es que esta retórica deísta, claramente inexistente en WN, sólo comprueba que TMS está basada en sus clases de filosofía moral, y su uso simplemente obedece al carácter pragmático de Adam Smith. No sólo sabemos que una proporción importante de los estudiantes de Smith en la Universidad de Glasgow seguían una carrera eclesiástica, sino también que Smith estaba consciente de lo que significaba apartarse de las prácticas comunes de la época. Lo primero sería evidencia de que su TMS se forja a partir de sus apuntes de clases. Respecto a lo segundo, basta recordar que su gran amigo David Hume nunca logró conseguir una cátedra

universitaria, pese a su influencia intelectual. Es más, en su testamento, David Hume le deja a Adam Smith una cifra importante de dinero para que publique sus *Dialogues Concerning Natural Religion*. Smith no cumple con los últimos deseos de su gran amigo y estos Diálogos fueron finalmente publicados por un sobrino de Hume⁷.

Respecto a la rama de la jurisprudencia, Smith mantuvo siempre la esperanza de escribir un tratado sobre este tema. Existen antecedentes al respecto en su correspondencia (en una carta al bisnieto de La Rochefoucauld se refiere a su proyecto de “un tipo de teoría e historia de leyes y gobiernos” [Corr. 248, p. 287]) y en el prefacio a la sexta y última edición de su TMS, publicada poco antes de morir, Smith aún mantiene la esperanza de escribir su tratado de jurisprudencia⁸. Desgraciadamente poco antes de su muerte ordenó quemar 16 carpetas de apuntes que probablemente contenían, entre otros papeles, sus pensamientos acerca de esta materia. No obstante afortunadamente contamos con dos series de apuntes de sus clases en sus *Lectures on Jurisprudence*, correspondientes a los años 1762-3 y 1763-4.

En lo que corresponde a economía política, aquella rama de “la ciencia del legislador que tiene por objeto enriquecer al Estado y a la gente” (cf. WN IV.intr., p. 428), hoy es evidente que lo fundamental acerca de su WN estaba muy claro en la mente de Smith mientras dictaba sus clases de filosofía moral. Esto último es significativo, ya que aparentemente pareciera existir cierta incongruencia entre la WN y la TMS. Esta tesis de que la WN difiere de su TMS se basa en que por un lado se nos presenta una visión egoísta de la naturaleza humana, y por otro, un enfoque diferente que explica la naturaleza social del hombre en función del complejo concepto de simpatía. En efecto, por una parte tenemos el precepto de que el carnicero, el cervecero y el panadero no actúan por benevolencia sino por la consideración que ellos tienen de su propio interés (WN I.ii.2, pp. 26-27), y por otra parte nos encontramos con el primer párrafo de su TMS donde Smith plantea que independientemente de cuán egoísta se suponga al hombre, existe un principio en su naturaleza que lo lleva a preocuparse por los demás, lo que sería consecuencia de su concepto fundamental que es la simpatía. Estas dos posturas, en apariencia opuestas, habrían dado origen al famoso *Das Adam Smith Problem*, que en su versión formal atribuía esta divergencia a un cambio radical que se habría producido en Smith como consecuencia de su viaje a Francia, donde el contacto establecido con los materialistas franceses habría motivado un cambio en su concepción acerca de la naturaleza del hombre.

Para discutir este tema, es conveniente recordar un importante episodio en la vida de Adam Smith. El éxito intelectual de la publicación de su TMS en 1759 lo situó como un importante hombre de letras. Gracias a esto, a comienzos de 1764 es invitado como tutor personal del duque de Buccleuch a un *grand tour* por el continente. Para el profesor de filosofía moral ésta era una oferta interesante, pues aparte de su ciudad natal, Kirkcaldy, sus estudios en Glasgow y Oxford, su estadía en Edimburgo, y una visita a Londres en 1761, Smith no había estado en ningún otro lugar. Con esta atractiva posibilidad su mundo se ampliaba a Europa, sobre todo Francia, el centro intelectual de la época. Con las recomendaciones de su amigo David Hume, Adam Smith tendría la oportunidad de conocer personalmente a Voltaire, Montesquieu, Helvetius, Holbach, D’Alambert, entre otros. Además, para el futuro padre de la economía no sólo sería fundamental el conocer a Turgot y principalmente a Quesnay, el fundador de la escuela de los fisiócratas, sino que también económicamente la oferta excedía con creces sus ingresos como catedrático. Pese a todo,

ese mismo verano de 1764 Smith le escribe a Hume desde Francia contándole que estaba aburrido, y que para pasar el tiempo habría comenzado a escribir un libro (ver Corr. 82, p. 102), probablemente el germen de su WN. Después de casi tres años en el continente, principalmente Francia, deben regresar a Londres a causa de la inesperada muerte del hermano menor del duque, quien habría sido atendido durante su enfermedad por el propio Quesnay⁹.

De regreso a Londres, en 1766, satisfecho con la labor de su tutor, el duque de Buccleuch se compromete a mantenerle la generosa mensualidad de por vida. Con esta prebenda Smith regresa a Kirkcaldy, y con la excepción de unas pocas visitas a Londres y Edimburgo, se dedica durante los próximos diez años a escribir su WN. Esta importantísima obra fue publicada finalmente en 1776, poco meses antes de la revolución americana y *ad portas* de la revolución francesa y de lo que sería la revolución industrial. Su lectura lleva a Hume a escribirle “*Euge! Belle!* Querido Sr. Smith: estoy muy satisfecho con su desempeño” (Corr. 150, p. 186), pero enseguida lo invita a discutir ciertos puntos, advirtiéndole que tiene que ser pronto, ya que su delicado estado de salud no le permitirá una larga espera. Aproximadamente cinco meses después David Hume, probablemente el mejor amigo del reservado Adam Smith, y “por lejos el filósofo más ilustre” (WN V.i.g.3, p. 790), muere apaciblemente¹⁰.

El impacto de la WN no sólo vino a confirmar el éxito de su TMS, sino que acrecentó su prestigio intelectual¹¹. Convertido en un experto en cuestiones económicas, en 1777 se le concede el cargo de presidente de Aduanas en Edimburgo, una posición muy bien remunerada que mantiene hasta su muerte¹². Pese a sus responsabilidades laborales, en 1785 acuerda con su editor una sexta edición de la TMS, a la que sólo debía hacerle unas “pequeñas alteraciones” (Corr. 244, p. 281). Sin embargo sólo tres años más tarde se da cuenta de la verdadera dimensión de su tarea, dejando por un tiempo sus labores en Aduanas para hacer “muchas adiciones y correcciones” (Corr. 276, p. 310). Es más, después de un año de arduo trabajo en la TMS, Smith se excusa con su editor por la excesiva demora (ver Corr. 287, p. 321). Curiosamente Smith dedicó los últimos años de su vida a la TMS, y pese a que las ventas de la WN mejoraron notablemente, esta obra no sufrió cambios de ningún tipo en sus dos últimas ediciones de 1786 y 1789¹³. Personalmente me parece relevante el hecho de que sus últimos años Smith los haya dedicado a su libro de ética, y pese a que algunos intérpretes no consideran importantes las modificaciones que Smith realiza¹⁴, ya que según ellos no varía el contenido de su obra, mi impresión es que sí existe un cambio fundamental. Cerca de un tercio de la sexta edición de la TMS corresponde a adiciones que Smith realiza en este último período de su vida, y muy significativo resulta, a mi modo de ver, el hecho de que agrega una parte completamente nueva titulada “Del Carácter de la Virtud”. El tema y el contenido de esta parte denotan su pensamiento maduro. Éste no sólo presenta una preocupación por el tema de las virtudes, las que no podían estar fuera de su sistema, sino que además refleja su intención de complementar su concepto de simpatía y espectador imparcial con una ética de las virtudes.

Retomando el recurrente tema respecto a la consistencia entre los dos conceptos distintos de naturaleza humana que aparecerían en la WN y la TMS —interés propio y simpatía, respectivamente—, el debate surgió en Alemania a mediados del siglo XIX¹⁵. La explicación sería muy simple: Smith antes de su viaje a Francia habría escrito su TMS, y

una vez que regresa, después de haber entrado en contacto con los materialistas franceses, escribe su WN. Sin embargo, esta interpretación ignoraba una serie de testimonios de la época que confirmaban que sus disquisiciones durante el período de su cátedra de filosofía moral habrían dado origen a ambos libros¹⁶. Afortunadamente en el año 1896 Edwin Cannan publica lo que hoy conocemos como la serie de clases 1763-1764¹⁷. Esto anuló por completo la tesis de la escuela histórico-alemana de que la WN habría sido consecuencia de la influencia de los materialistas franceses. El hecho de que durante sus clases de filosofía moral Smith haya enseñado, como quedó demostrado en esos apuntes previos a su viaje al continente, los fundamentos de lo que sería su WN, no sólo confirmaba los testimonios de la época, sino que echaba por la borda la explicación dada por los economistas alemanes. No obstante, cabe destacar que si bien el *Das Adam Smith Problem* fue resuelto mediante una negación de sus causas, la esencia del problema, es decir su contenido, sigue siendo un importante tema de debate, ya que en definitiva compete a la difícil relación entre ética y economía.

Estas tres ramas, ética, jurisprudencia y economía política, constituyen la preocupación de Adam Smith. De esta trilogía surge el gran plan del pensador escocés: una investigación que contenga los aspectos fundamentales de una ciencia social. La forma y el contenido de este proyecto han llevado a algunos autores a argumentar que este objetivo, llevado a cabo de una manera muy particular, con una permanente preocupación y sensibilidad histórica, encierra el gran proyecto que estaba detrás de este grupo de intelectuales que conforman este importante capítulo de nuestra historia: la Ilustración Escocesa.

2. El contexto político-económico de Adam Smith

En esta sección quisiera analizar brevemente el contexto intelectual y social en el cual vive Adam Smith, con el fin de esclarecer la influencia de este clima en sus ideas, así como algunas restricciones que el mismo autor impone a su paradigmático liberalismo económico.

En el libro IV de la WN Smith analiza los sistemas de economía política de su época: el “sistema mercantil” (mercantilistas, WN IV.i-viii, pp. 428-662)¹⁸ y el “sistema agrícola” (fisiócratas, WN IV.ix, pp. 663-688). La literatura mercantilista surge a comienzos del siglo XVII en Inglaterra (principalmente en la obra del rico mercader y director de la East India Company, Thomas Mun (1571-1641), y en los escritos de Edward Misselden (1608-1654). Pero quizá la obra más importante del mercantilismo corresponde a *An Inquiry into the Principles of Political Economy* (1767) del escocés sir James Steuart. Ahora bien, los planteamientos de los mercantilistas constituían los fundamentos de la política económica imperante en la época, abogando por una permanente intervención del Estado.

Los mercantilistas creían que la riqueza de un país estaba determinada por la cantidad de oro y plata. Esto obedecía en parte a una razón política: la defensa del país. Había que estar preparado para financiar una guerra. Ahora bien, las reservas del país, que estaban en este sistema bimetálico, se podían acrecentar de dos formas. La más simple y directa (e impopular) era mediante el cobro impuestos, y la segunda mediante políticas de comercio exterior que aumentaran la balanza comercial. Esto último requería maximizar el superávit comercial, ya que mientras mayor fuera la diferencia entre exportaciones e importaciones,

mayor sería la acumulación de oro y plata. Por tanto, se promovían las exportaciones y se imponían restricciones sobre las importaciones, vía aranceles.

En el primer capítulo del libro IV Smith analiza esta “noción popular” (WN IV.i.5, p. 431) que confunde las nociones de riqueza y dinero. El salto micro-macro que supone que un país “es generalmente rico de la misma manera que una persona” (WN IV.i.2, p. 429) es un serio error, según Smith¹⁹. En efecto, la WN se inicia con la siguiente frase: “El trabajo anual de toda nación es el fondo que originalmente la provee para todas las necesidades y conveniencias de la vida que consume anualmente”. Según Smith, entonces, la causa de la riqueza de una nación no es la cantidad de oro y plata que ésta acumule, sino su trabajo.

Pero Smith plantea que también existe otra razón detrás de esta creencia generalizada que confunde riqueza con dinero. Las políticas que el ‘sistema mercantil’ defiende e impone obedecen a los intereses de los mercaderes, que habrían convencido al parlamento y a la gente en general de la conveniencia de estas medidas, con el argumento de que ellos serían los entendidos en materias de comercio. En efecto, al imponer dichas políticas económicas los mercaderes “sabían perfectamente de qué forma los enriquecían. Era su negocio saberlo. Pero saber de qué manera enriquecían al país, no era parte de su negocio” (WN IV.i.10, p. 434).

Este primer ejemplo, que corrobora la interpretación de que Smith, al defender el libre comercio, también estaría reaccionando ante los intereses de una clase política y económica, no pretende ignorar ni poner en tela de juicio su ‘liberalismo económico’, sino más bien llamar la atención sobre un tema generalmente ignorado, que a mi juicio fue un factor importante y también determinante en el desarrollo del pensamiento de uno de los padres del liberalismo²⁰. Esta interpretación alternativa que incorpora otros elementos tiene implicancias metodológicas que discutiré más adelante.

En el capítulo siguiente de la WN (IV.ii, pp. 452-72) Smith analiza el tema de las restricciones a las importaciones. Con la tesis mercantilista de aumentar el superávit comercial minimizando las importaciones, Smith afirma que se fomenta el monopolio doméstico. El fundamento que utiliza nuestro autor para rebatir esta política populista es el interés propio: “Cada individuo está continuamente esforzándose para encontrar el empleo más ventajoso para el capital del que pueda disponer. Es su propia ventaja, ciertamente, y no la de la sociedad, la que tiene en mente. Pero el estudio de su propia ventaja naturalmente, o más bien necesariamente, lo lleva a preferir el empleo más ventajoso para la sociedad” (WN IV.ii.4, p. 454). En otras palabras, critica la tesis de que las restricciones a las importaciones promueven la industria doméstica e inhiben la fuga de capitales, argumento que descansa en el discurso acerca de las serias consecuencias económicas y sociales para el país. En cambio plantea que a la hora de invertir el capitalista privilegiará la seguridad de tener su capital cerca, y en la industria doméstica buscará el sector que le proporcione la mayor utilidad.

En seguida, en este mismo capítulo acerca de las restricciones a las importaciones, se introduce la tercera y más famosa aparición de la mano invisible. Voy a reproducir este párrafo en forma íntegra, ya que también es importante para mi argumento²¹:

Pero el ingreso anual de toda sociedad es siempre precisamente igual al valor de cambio del producto total anual de su industria, o mejor dicho es precisamente la misma cosa que ese valor de cambio. Entonces, como todo individuo se

empeña lo más que puede en emplear su capital para apoyar la industria doméstica, dirigiéndola a la industria cuyo producto tiene el mayor valor, todo individuo necesariamente trabaja para lograr el mayor ingreso anual para la sociedad. Él generalmente, es cierto, no intenta promover el interés público, ni sabe cuánto lo está promoviendo. Al preferir apoyar la industria doméstica por sobre la extranjera, él sólo considera su propia seguridad, y al dirigir aquella industria de manera que su producto sea del mayor valor, sólo piensa en su propia ganancia, y él es, en éste como en muchos otros casos, guiado por una mano invisible para promover un fin que no era parte de sus intenciones. Tampoco es siempre lo peor para la sociedad que este fin no haya sido parte de sus intenciones. Al perseguir su propio interés él frecuentemente promueve el de la sociedad más efectivamente que si realmente intentara promoverlo. Yo nunca he sabido de tanto bien realizado por aquellos que influyen en el comercio por el bien público. Es una influencia, ciertamente, no muy común entre los mercaderes, y unas pocas palabras deben ser empleadas para disuadirlos de dicho propósito (WN IV.ii. 9, p. 456).

Las últimas dos frases constituyen una fuerte ironía contra los mercaderes, que bien conocen su propio interés. Pero hay que notar que su crítica a los mercaderes viene, por así decirlo, entremezclada con un genuino espíritu liberal:

Conceder el monopolio del mercado doméstico a cualquier industria en particular, es en cierta medida como dirigir a las personas en la manera en que deben emplear su capital (...). Es la máxima de todo prudente padre de familia nunca intentar hacer en casa algo que le costará más que comprarlo (...). Lo que es prudencia en la conducta de toda familia, rara vez deja de serlo en un gran reino' (WN IV.ii. 11-12, pp. 456-57).

Más adelante vuelve a la carga planteando explícitamente que “los mercaderes y los fabricantes son los que derivan la mayor ventaja de este monopolio del mercado doméstico” (WN IV.ii.16, p. 459). Ésta es la dura realidad, según Smith, y su pronóstico no es muy alentador:

Esperar, ciertamente, que la libertad de comercio sea alguna vez enteramente establecida en Gran Bretaña es tan absurdo como esperar que Oceanía o Utopía sean establecidas. No sólo los prejuicios del público se oponen de una manera irresistible, sino también lo que es mucho más inconquistable: los intereses privados de muchos individuos (...). El miembro del parlamento que apoya toda propuesta para fortalecer este monopolio puede estar seguro de alcanzar no sólo la reputación de un perito en cuestiones comerciales, sino gran popularidad e influencia con una clase de hombres cuyo número y riqueza le proporcionan gran importancia. Si se opone, por el contrario, y más aún si tiene la autoridad suficiente para ser capaz de contrariarlos, ni la más reconocida probidad, ni el rango más alto, ni los más grandes servicios públicos realizados podrán protegerlo del abuso y la detracción más infames, de insultos personales, ni

tampoco a veces del peligro real que surge de la rabia insolente de los furiosos y desilusionados monopolistas (WN IV.ii. 43, p. 471).

Sus críticas a esta clase son aún más agudas cuando trata el tema de la teoría del valor, y sobre todo cuando discute el tema de los salarios (WN I.viii, pp. 82-104). La idea de que el valor de un bien está determinado por la cantidad de trabajo no sólo inspiró a David Ricardo, sino que constituye un pilar fundamental del pensamiento marxista. No en vano Marx admiraba al padre de la economía clásica. La teoría del valor en términos de la cantidad de trabajo, estos pasajes que critican y explican el comportamiento de los ‘capitalistas’, así como el famoso párrafo que predice la teoría de la alineación como una consecuencia de la división del trabajo y pide la intervención del Estado —que se analizará más adelante— son importantes puntos que Marx adopta y desarrolla. Por ejemplo, al discutir el precio de los salarios Smith entiende que éste es el resultado de un contrato entre partes con intereses opuestos: los asalariados querrán maximizar este monto, y los capitalistas, minimizarlo. Para ello ambos grupos se concertarán para lograr su objetivo. Los hechos hablan por sí solos, según Smith. Los capitalistas²² son pocos, y pueden ponerse de acuerdo amparados por la ley. Los trabajadores son muchos, y no pueden concertarse para subir los salarios, ya que está prohibido por la ley. Además un “terrateniente, un agricultor, un fabricante o mercader, sin emplear a un solo trabajador, puede vivir uno o dos años con el capital que ha acumulado. Muchos trabajadores, sin embargo, no podrían subsistir una sola semana, otros ni un mes, y casi ninguno un año entero sin empleo. En el largo plazo el trabajador puede ser tan necesario para el capitalista como éste lo es para el trabajador; pero la necesidad no es tan inmediata” (WN I.viii.12, p. 84). Este juicio crudamente realista sin duda atrajo la atención de Marx. Pero enseguida Smith continúa:

Raramente escuchamos, se ha dicho, de los acuerdos entre capitalistas, pero frecuentemente escuchamos de aquellos acuerdos entre trabajadores. Pero quien imagine por esta declaración que los capitalistas raras veces se ponen de acuerdo, es tan ignorante de las cosas del mundo como de la materia. Los capitalistas están siempre y en todo lugar en una suerte de concierto tácito, pero constante y uniforme, para no aumentar los salarios por sobre su nivel actual. La violación de este acuerdo es en todo lugar la acción más impopular, e implica una suerte de reproche a quien así procede entre sus vecinos y colegas. Rara vez, ciertamente, escuchamos acerca de estos acuerdos, porque es lo común y, se podría decir, el estado natural de las cosas de las que nadie escucha. Los capitalistas también a veces se ponen de acuerdo para disminuir los salarios bajo el nivel actual. Estos acuerdos son siempre llevados a cabo con el máximo celo y sigilo, hasta el momento de su ejecución, y cuando los trabajadores ceden, como a veces lo hacen, sin resistencia, pese a cómo los afecta, nunca son escuchados. Estos acuerdos, sin embargo, son frecuentemente resistidos por una concertación de trabajadores, quienes también, a veces, sin ninguna provocación de este tipo, se ponen de acuerdo para subir el precio de su trabajo. El pretexto usual es el alto precio de las provisiones o las grandes utilidades que obtienen los capitalistas con su trabajo. Pero independientemente de si son concertaciones ofensivas o defensivas, siempre escuchamos hablar

mucho de ellas (...). En su desesperación los trabajadores actúan con la insensatez y extravagancia de los hombres desesperados que o bien morirán de hambre o asustarán a los capitalistas para que cumplan de inmediato con sus exigencias (...). Los obreros rara vez obtienen ventaja alguna de la violencia de esas tumultuosas concertaciones, las que en parte por la intervención de la autoridad, por la superior determinación de los capitalistas, o por la necesidad en que se hallan gran parte de los trabajadores para someterse debido a su propia subsistencia, generalmente terminan en nada, sólo con el castigo o la ruina de sus dirigentes (WN I.viii.13, p. 84).

Tras la discusión del mercantilismo, Smith rebate también la doctrina de los fisiócratas. Estos economistas giran en torno a la interesante figura de Francois Quesnay (1694-1774), el prestigioso médico de cabecera de la favorita de Luis XV, madame de Pompadour²³. En palabras muy simples, esta escuela interpreta la economía casi en términos fisiológicos, donde las condiciones del mercado, en términos de los flujos de bienes y servicios, serían similares a las del flujo de sangre en el cuerpo. Esta idea de un cuerpo social análogo al cuerpo físico tiene implicancias políticas, ya que dado que la naturaleza representa la armonía, cualquier alteración del orden natural tendría consecuencias negativas. De ahí que el *dictum* de los fisiócratas sea *laissez faire, laissez passer*, abogando, entre otras cosas, por el libre comercio. Por tanto el mejor gobierno es el menor gobierno y toda intervención estatal dañaría el flujo natural de la economía. Esta corriente económica y política tuvo gran influencia en el “simple y obvio sistema de la libertad natural” (WN IV.ix.51, p. 685) de Smith. En efecto, como ya se mencionó, Smith no sólo habría tenido la intención de dedicarle la WN a Francois Quesnay, sino que además se refiere al sistema agrícola en los siguientes términos:

Este sistema, sin embargo, con todas sus imperfecciones, es, a lo mejor, la aproximación más cercana a la verdad que haya sido publicada hasta ahora acerca de la materia de economía política, y en estos términos vale la pena ser considerado por todo hombre que desee examinar con atención los principios de esta ciencia tan importante (WN IV.ix.38, p. 678).

Pero ¿cuál es su mayor imperfección? La clave se encuentra nuevamente en la respuesta frente al título de la WN: la causa de la riqueza de una nación. Como ya vimos, para Smith la respuesta está en el trabajo de una nación, no en la tierra o la naturaleza, como lo es para los representantes del ‘sistema agrícola’²⁴. Por tanto la riqueza de un país, según esta escuela, está principalmente en la agricultura, no en el desarrollo del comercio, que es simplemente un punto de tránsito natural en el sistema de flujos que se representa con detalle en el famoso *Tableau Économique* (1758) de Quesnay. Éste sería el gran error de quienes se hacían llamar a sí mismos *les économistes*. Por ello Smith se refiere, con implacable imparcialidad, al sistema agrícola como aquel que “representa el producto de la tierra como la única fuente del ingreso de una nación, y que en el presente sólo existe en las especulaciones de unos pocos hombres de gran saber e ingenuidad en Francia” (WN IV.ix.2, p. 663).

Éstos eran los dos sistemas de economía política vigentes en el contexto intelectual en que se desenvolvía Smith: el mercantilismo y los fisiócratas. El primero dominaba las políticas comerciales de la época; el segundo estaba en la mente de unos hombres de gran saber, pero ingenuos.

3. Su concepción de los roles del Estado y su propuesta respecto a las religiones

El libro V de la WN trata de “Los Ingresos del Soberano o de la República”, pero en el primer capítulo, antes de discutir el tema de las fuentes de ingreso y los impuestos de un país (tema tratado en el siguiente capítulo 2), Smith comienza con un análisis “De los Gastos del Soberano o de la República”. Esto es significativo, ya que en la WN es a partir de los gastos de donde se deducen los roles del Estado. Presenciamos de alguna forma un giro importante en el estudio de esta nueva disciplina que es la economía política, ya que al parecer ya no es la política la madre de las ciencias, como en la tradición clásica y republicana²⁵, sino que a partir de un tema propiamente económico se infieren consecuencias políticas tan importantes como son los roles del Estado. De alguna forma la WN representa el crepúsculo de una tradición política, muy marcada por el republicanismo clásico, pero a la vez el amanecer de la nueva ciencia que es la economía.

La primera parte trata de los gastos en defensa, o sea, de la primera obligación del soberano que es defender su país²⁶. La segunda parte trata acerca de los gastos de justicia, y en esta parte existen dos puntos dignos de mencionarse. Smith defiende una teoría de justicia conmutativa, donde se respeten los derechos del otro. Sin embargo, existe una realidad económica que es ineludible: “Donde hay grandes propiedades, hay grandes desigualdades. Por cada hombre rico, debe haber al menos quinientos pobres, y la opulencia de unos pocos supone la indigencia de la mayoría. La opulencia de los ricos excita la indignación de los pobres, que a menudo son llevados por la carencia e impulsados por la envidia a invadir sus posesiones” (WN V.i.b.2, pp. 709-10). Por tanto Smith llega a la siguiente conclusión: “El gobierno civil, en tanto es instaurado para asegurar la propiedad, es en realidad instaurado para la defensa de los ricos contra los pobres, o de aquellos que tienen alguna propiedad contra aquellos que no tienen nada” (WN V.i.b.12, p. 715). La idea liberal de John Locke de justicia en términos de una defensa de la ‘propiedad’ general (*propriety*, que dice relación con lo propio), que incluye la vida, la libertad y las posesiones, pareciera confinarse a esto último. Éste es un tema interesante, porque nuevamente la economía cobra preeminencia en términos materiales.

Finalmente Smith, en esta sección acerca de la justicia, aparece como un férreo defensor de la independencia entre el poder judicial y el ejecutivo. Las razones por las cuales ambos poderes se separan son el fruto del progreso económico, ya que el soberano decide en algún momento delegar las funciones propias de la administración de la justicia, pues ya no es capaz de administrar todas las causas privadas. También como parte de una suerte de evolución hacia la sociedad comercial²⁷, el desarrollo económico aumenta la propiedad de bienes, pero también las fuentes de conflicto. Por tanto esta separación de poderes pareciera ser otro efecto natural de la división del trabajo que tiene importantes consecuencias positivas para la sociedad. El último párrafo de esta sección es interesante:

Cuando el poder judicial está unido al poder ejecutivo, es casi imposible que la justicia no se sacrifique a lo que vulgarmente se llama política. Las personas a quienes se les confían los grandes intereses del Estado pueden, incluso sin un propósito de corrupción²⁸, a veces imaginar que es necesario sacrificar los intereses de un hombre. Pero de la administración imparcial de la justicia depende la libertad de cada individuo, la seguridad que pueda sentir. En orden a hacer a cada individuo sentirse perfectamente seguro en la posesión de cada derecho que le pertenece, no sólo es necesario que el poder judicial esté separado del poder ejecutivo, sino que debe alcanzarse la máxima independencia. El juez no debe estar sujeto al capricho del poder ejecutivo para ser removido de su cargo. El pago regular de su salario no debe depender de la buena voluntad ni de la buena situación económica del poder ejecutivo (WN V.i.b.25, pp. 722-23).

La tercera parte del libro V trata de los gastos en obras e instituciones públicas. Esta obligación del Estado dice relación tanto con aquellas obras que facilitan el comercio como con la instrucción de la gente, respectivamente. En referencia a lo primero Smith no cree necesario que todo el gasto corresponda al Estado, ya que las carreteras pueden tener peajes²⁹, los puertos pueden cobrar derechos, e incluso servicios como correos o la acuñación del dinero podrían eventualmente dejarle ingresos al país. En cuanto al segundo gasto —instituciones públicas— tenemos, por un lado, la educación de los jóvenes, y por otro, la educación de la gente de todas las edades, *i. e.*, religión. Respecto a la educación de los jóvenes la discusión se inicia con una defensa de la libre competencia de ésta. Critica duramente el sistema de Oxford donde los profesores reciben un sueldo fijo, ya que “por todos estos años los profesores públicos han perdido incluso la pretensión de enseñar” (WN V.i.f.7, p. 761). Por el contrario, defiende el sistema escocés, donde los profesores reciben un sueldo fijo y honorarios directamente de los alumnos. Adelantándose a lo que será el concepto moderno de los incentivos, plantea que ‘es el interés de cada hombre vivir de la manera más fácil que pueda’ (WN V.i.f.7, p. 760)³⁰. Pero en lo que respecta a la enseñanza escolar, Smith cree que es una obligación del Estado enseñar al pueblo a escribir, leer y contar. Esta defensa de la enseñanza básica obligatoria es notable porque en su época no sólo existían intelectuales y políticos contrarios a las “escuelas de caridad”³¹, sino porque además esta educación surge ante la necesidad de prevenir las nocivas consecuencias de la especialización que producirá la división del trabajo durante la revolución industrial. Smith, al develar las razones que obligan al Estado a proporcionar una educación básica, anticipa, *ad portas* de la revolución industrial, lo que será la teoría de la alienación marxista:

En el progreso de la división del trabajo, la ocupación de gran parte de quienes viven de su trabajo, es decir, el gran cuerpo del pueblo, se limita a unas pocas muy simples operaciones; frecuentemente a una o dos. Pero el discernimiento de la gran mayoría de los hombres está necesariamente influenciado por sus ocupaciones ordinarias. El hombre cuya vida completa se gasta en llevar a cabo unas pocas simples operaciones, de las cuales los efectos son, a lo mejor siempre o casi siempre lo mismo, no tiene ocasión de entrenar su entendimiento, o de ejercitar su ingenio encontrando mecanismos para remover

dificultades que nunca ocurren. Él entonces naturalmente pierde el hábito de aquella capacidad y generalmente se transforma en tan estúpido e ignorante como a una criatura humana le es posible llegar a ser. La torpeza de su mente no sólo lo incapacita para disfrutar o llevar a cabo una conversación racional, sino que también lo incapacita para concebir cualquier sentimiento generoso, noble o tierno, y consecuentemente lo incapacita para formarse un juicio sensato respecto incluso a las obligaciones ordinarias de la vida privada. Es completamente incapaz de juzgar acerca de los grandes y vastos intereses de su país, y a menos que algunas medidas particulares se tomen para transformarlo, él es también incapaz de defender a su país en la guerra. La uniformidad de su vida estacionaria naturalmente corrompe el coraje de su mente, y lo hace ver con aborrecimiento la irregular, incierta y aventurada vida del soldado. Corrompe incluso la actividad de su cuerpo, y lo convierte en incapaz de ejercitar su fuerza con vigor y perseverancia en otra ocupación que no sea aquella en la que fue formado. Su destreza en su propio particular negocio parece, de esta manera, ser adquirida a expensas de sus virtudes intelectuales, sociales y militares. En toda sociedad civilizada y próspera, éste es el estado en el cual los pobres trabajadores, esto es la gran mayoría de la gente, caerán necesariamente a menos que el gobierno tome algunas medidas para prevenirlo (WN V.i.f.50, p. 781-2).

Smith, el padre del *laissez faire*, hace un llamado a la intervención estatal.

Luego Smith también se refiere a otro aspecto de la educación, concretamente la religiosa. El Estado en esa época estaba muy unido al poder eclesiástico, por lo que se incluye la religión dentro de los gastos del soberano o república. La primera pregunta que se hace Smith es si este gasto en instrucción religiosa constituye o no un deber del Estado. Responder a esta pregunta es equivalente a preguntarse por qué Smith se refiere a la religión como la “enseñanza de la gente de todas las edades”. Existe una analogía entre la instrucción en educación y la instrucción en religión. Esta analogía lleva a Smith a conclusiones e implicancias interesantes. Así como es más favorable que los profesores reciban un honorario que los incentive a enseñar mejor, los que tienen a su cargo la instrucción religiosa deberían, por analogía, recibir un honorario voluntario por parte del público, y no un sueldo del Estado. La religión no tiene por objeto convertir a la gente “en buenos ciudadanos para este mundo, sino prepararlos para otro y mejor mundo en la vida que viene” (WN V.i.g.1, p. 788). Así los profesores de cualquier doctrina religiosa que nos preparan para la vida futura, o bien dependen de contribuciones voluntarias de sus seguidores (los alumnos que aprenden cómo alcanzar la vida futura) o bien del Estado. Con una noción de la naturaleza humana que destaca el interés propio, los incentivos y las bondades de la competencia, Smith está convencido de que “su ejercicio, dedicación y trabajo serán mucho mayores en el caso anterior” (ibíd.), es decir, dependiendo de sus alumnos. Cuando dependen del Estado, igual que los profesores públicos de Oxford, caen en la indolencia; y lo que es peor, como lo demuestra la historia, las religiones estatales, en el caso de amenaza, recurren al Estado para defender la “verdadera religión”. La única ocasión en que Smith alaba al catolicismo es precisamente por esta razón económica: “En las ramas inferiores del clero católico el ejercicio y la dedicación se mantienen muy vivos por el poderoso motivo del interés propio” (WN V.i.g.2, p. 789)³².

Sin embargo, la intención subyacente en el tratamiento de este tema económico es también política: la separación del poder ejecutivo del poder eclesiástico. Nuevamente presenciamos la necesidad del argumento económico por sobre el político, en definitiva la preeminencia de la economía por sobre la política. El autor se refiere explícitamente a “un plan de gobierno eclesiástico, o mejor dicho gobierno no eclesiástico” (WN V.i.g.8, p. 793), donde ve los riesgos políticos de un Estado en el que sólo haya una, dos o tres religiones. La solución la encuentra en una sociedad que esté dividida en “doscientas o trescientas o a lo mejor miles de pequeñas sectas de las cuales ninguna pueda ser tan considerable como para alterar la tranquilidad pública” (ibíd.). Los profesores de cada secta, en abierta competencia, estarían obligados a aprender “el candor y la moderación”, virtudes que son difíciles de encontrar en los profesores de las grandes sectas que están apoyados por el poder ejecutivo. Pero Smith está consciente de que así como alcanzar el libre comercio en Gran Bretaña sería como establecer Oceanía u Utopía, este plan es casi imposible de implementar debido a “la superstición y el entusiasmo popular” (ibíd.).

Contra la proliferación de “sectas antisociales y desagradablemente rigurosas” (WN V.i.g.12, p. 796), que son el efecto de “la superstición y el entusiasmo popular” (WN V.i.g.8, p. 793), el Estado tiene a su disposición dos remedios. Por un lado, puede obligar a la gente de clase media que aspira a una profesión a estudiar ciencia y filosofía, ya que “la ciencia es el gran antídoto ante el veneno del entusiasmo y la superstición” (WN V.i.g.12, p. 796). Por otro lado, puede promover las diversiones públicas. El Estado debe incentivar, dando entera libertad a aquellos que por interés propio lo deseen, diversiones para la gente mediante la pintura, música, poesía, danza o teatro. Esto ayudará a disipar “aquella melancolía y lúgubre humor que es casi siempre la fuente de la superstición y el entusiasmo popular. Las diversiones públicas siempre han sido objeto de odio y repudio de los fanáticos promotores del furor público” (WN V.i.g.15, p. 796).

El riesgo político de una iglesia establecida es inmenso, ya que la autoridad de la religión es superior a cualquier otra autoridad, y si conduce a la violencia, será el poder ejecutivo habitualmente el perjudicado. Después de un análisis *à la* Maquiavelo (ver sobre todo WN V.i.g.17, pp. 797-8), Smith se refiere a la iglesia católica, cuya “constitución [durante la edad media] puede ser considerada como la más formidable combinación que ha sido formada contra la autoridad y la seguridad del gobierno civil, así como contra la libertad, razón y felicidad de la humanidad, que sólo prospera donde el gobierno civil es capaz de protegerla” (WN V.i.g.24, pp. 802-3). Después de este análisis, continúa y pronostica que el catolicismo “en el curso de unos pocos siglos más, a lo mejor, se desintegrará en ruinas” (ibíd.). Según Smith, así como el progreso económico destruyó el poder de los barones medievales, así también se destruirá el poder del clero.

Es natural la animadversión que Smith sentía hacia los católicos. En Gran Bretaña todavía se hablaba en forma peyorativa de los ‘papistas’, y existen varios pasajes donde se refiere con sarcasmo a los monjes católicos y al escolasticismo. La sangrienta historia de guerras religiosas no sólo habrían motivado a Hobbes a buscar un sistema que preservara la paz, sino que de alguna manera también está presente en el pensamiento de Adam Smith. Su posición general respecto a las religiones, en otras palabras, su “plan de instrucción religiosa”, es muy vanguardista y tal vez demasiado realista para la época. Una sociedad con doscientas, trescientas o miles de diferentes sectas constituye la mejor opción. Como he sugerido anteriormente, pese a que muchos ven en Smith a un deísta, mi opinión personal, y es sólo una opinión ya que no existe evidencia, es que era un agnóstico práctico. Nunca

niega la existencia de Dios, pero cuando tiene que valerse de un lenguaje deísta, como en TMS, lo utiliza, mientras que cuando puede evitarse los problemas derivados de la publicación de los *Dialogues Concerning Natural Religion* de su amigo Hume, los evita. A mi juicio, su análisis tan fríamente realista de las religiones no hace más que reforzar esta tesis del agnosticismo práctico.

Es importante, eso sí, resaltar un punto que no siempre es destacado, y que se refiere a la valentía intelectual de Adam Smith. Ciertamente en esa época era más que atrevido proponer la separación entre el poder ejecutivo y el poder eclesiástico en los términos que lo hace Smith, fomentando la competencia entre cientos o miles de sectas. Además requería de coraje el referirse a “los mercaderes, fabricantes y terratenientes” en la forma que Smith lo hace. Sus críticas al sistema económico imperante, echando por la borda el sistema comercial vigente, tampoco son un asunto menor. En este ámbito es destacable el riesgo intelectual que corre Smith.

También es cierto que Adam Smith es un pensador enigmático en muchos sentidos. Existen algunos pasajes en los que el padre del liberalismo económico pareciera contradecir su ideología. Regulaciones particulares como algunas marcas aprobadas por el gobierno, al estilo *by appointment of the queen*, ciertas regulaciones en cuanto a la emisión de dinero que podrían ser consideradas como “una manifiesta violación de la libertad natural” (WN II.ii.94, p. 324), una defensa de una tasa de interés máxima (WN II.iv.15, p. 357) que provoca la reacción de Jeremy Bentham, una serie de subsidios y penas específicas mediante la aplicación de impuestos que bien podrían ser considerados instrumentos de reforma social, además de ciertas excepciones al libre comercio exterior y doméstico, son contrarias a la idea de Smith como el padre del libre mercado³³. Es más, propone impuestos progresivos: los ricos no sólo deben pagar lo que les corresponde, sino que algo más (WN V.ii.e.6, p. 842).

La imagen de Adam Smith como el defensor del *laissez faire* es cuestionable, o al menos está sujeta a excepciones. La actividad gubernamental es requerida en ciertas situaciones, sobre todo cuando está en juego el bien público. Por tanto la imagen del padre del liberalismo económico como un defensor de un simple *laissez faire* no es tan sólida ni transparente como comúnmente aparece. Los fisiócratas defendían el *laissez faire* con una intervención mínima del Estado. La posición de Adam Smith es más compleja. Ciertamente defiende “ese deseo de mejorar nuestra condición, un deseo que, aunque generalmente tranquilo y desapasionado, nace con nosotros y nunca nos deja hasta que nos vamos a la tumba” (WN II.iii.28, p. 341), el interés propio (que es diferente del egoísmo). También defiende la libre competencia como una forma de beneficiar a la sociedad. Pero ¿cabe proponer una explicación alternativa a lo que realmente motiva a Smith a defender su “sistema de libertad natural” (WN IV.v.b.39, p. 538; IV.ix.51, p. 687)? El factor histórico y contextual de su época, donde Smith reaccionaría ante una clase corrupta, me parece también una explicación plausible. No en vano critica en forma tan dura a los mercaderes, fabricantes y terratenientes, no en vano su enemigo número uno es el monopolista. Pero si las razones para defender su ‘sistema de libertad natural’ obedecen más a una sincera creencia en un sistema *laissez faire* que a motivaciones más complejas, como la que he planteado, es algo tan incierto como sus creencias religiosas personales.

4. Algunas breves conclusiones

Es muy sencillo simplemente proponer la mano invisible como una representación de las fuerzas de oferta y demanda en el mercado, reflejada en una teoría del equilibrio general de precios; es también fácil citar a Smith como el defensor del principio que postula una naturaleza humana egoísta, y aún más cómodo referirse a Adam Smith como el padre del liberalismo económico que sólo predica el *laissez faire*. Lo comúnmente aceptado, sin embargo, no garantiza un carácter apodíctico. Estos tres juicios son más complejos en su contenido, pero a la vez fomentan la división del trabajo intelectual que permite nuevas interpretaciones³⁴.

Esta breve discusión sobre algunos aspectos del pensamiento de Adam Smith encierra un trasfondo metodológico que me interesa destacar. La posición que subyace en estas ideas se funda en una preocupación por el contexto y la naturaleza misma de la cosa: un enfoque histórico-ontológico. El acto de retroceder en el tiempo requiere de una seria consideración acerca de ese tiempo. Lo que hoy entendemos por liberalismo no constituía un marco filosófico-político familiar para Smith, aunque no se pueda negar la influencia que este pensador tuvo en su desarrollo. Tampoco lo era el marxismo. Nuestros propios estándares no pueden determinar completamente nuestra interpretación de un personaje histórico. *Qué* dice el autor, *cómo* y *por qué* lo dice, juegan un rol significativo e interdependiente. El *qué* dice implica un enfoque ontológico que pregunta por la naturaleza de las cosas, un énfasis en el texto, pero esto carece de sentido sin un *por qué*, que relacione al texto con su contexto, y un *cómo*, que analiza el lenguaje del autor a la luz del texto y su contexto. Esta síntesis representa, a mi modo de ver, el trabajo de un historiador de las ideas. El énfasis en el *qué* nos lleva sólo a una interpretación del texto tal como es; el énfasis en el *por qué* nos aleja de la realidad del texto como tal frente a la preeminencia del contexto, y el énfasis exclusivo en el *cómo* nos puede llevar a un proceso de deconstrucción que, como propuso Foucault, nos obligaría incluso a matar al autor. El liberalismo de Adam Smith, en esta perspectiva, es aún más complejo, y mi intención ha sido cuestionar el tradicional argumento de liberalismo económico de Adam Smith no sólo mediante algunas excepciones, sino también en base a esta postura metodológica, proponiendo una interpretación más atrevida que pone el énfasis en el *qué*, el *por qué* y el *cómo*.

Ahora bien, si esta conclusión o el contenido de este ensayo pareciera provocativo, el tema del ciclo de la conferencia no lo es menos: “¿Se puede ser liberal y católico?”. En este punto sólo puedo dar alguna opinión personal, cuyo valor se reduce al plano de la *doxá*. Mi primera reacción ante esta pregunta fue “todo depende de qué se entienda por ser liberal y ser católico”.

El término liberal, en particular, se ha convertido en una palabra con muchos significados. Es un epíteto que refleja y representa a una mayoría, ya que agrupa cierta diversidad. Esto tiene ventajas y desventajas. Cuando Hayek defendía su posición, el ser liberal ciertamente no representaba a una mayoría. Había mérito en eso; era una agonía, entendida literalmente como una lucha en torno a los principios de libertad individual, tolerancia, pluralismo y un sistema de mercado que mediante un proceso de generación espontánea contribuyera al desarrollo de la sociedad. Hoy existe cierto consenso respecto a estos fundamentos. En los albores del siglo XXI, el discurso acerca del liberalismo ha perdido algo de esa vigorosa relevancia que tenía sólo 25 años atrás. El liberalismo sigue y seguirá siendo un tema de debate, pero el contexto hoy es diferente. Temas como la relación entre el ciudadano y la sociedad, liberalismo y ética, economía social de mercado,

entre otros, han cobrado especial relevancia. En este sentido creo que los aportes de corrientes como el comunitarismo y republicanismo constituyen un gran desafío y a la vez una importante contribución en el largo y exitoso camino que ha recorrido el liberalismo. Pareciera que hoy el ideal de la economía política ampliara sus horizontes a un campo pluridisciplinario, como el que cultivó Adam Smith.

Entonces, para terminar, frente a la disyuntiva de liberalismo y catolicismo, desafortunadamente mi respuesta sigue siendo la misma. ¿Se puede ser liberal y católico? Hoy depende de qué clase de liberal y católico seas.

REFERENCIAS

- Anderson, G. M., W. F. Shughart II, y R. D. Tollison. "Adam Smith in the Customhouse". *Journal of Political Economy*, Vol. 93, N° 41 (1985), pp. 740-759.
- Montes, L. "Das Adam Smith Problem: Its Origins, the Stages of the Current Debate, and One Implication for Our Understanding of Sympathy". *Journal of the History of Economic Thought*, Vol. 25, N° 1 (2003a).
- Montes, L. "Smith and Newton: Some Methodological Issues Concerning General Economic Equilibrium Theory". *Cambridge Journal of Economics*, Vol. 27, N° 5 (2003b).
- Montes, L. *Adam Smith in Context. A Critical Reassessment of some Central Components of His Thought*. Londres: Palgrave-Macmillan, 2004.
- Morrow, G. R. *The Ethical and Economic Theories of Adam Smith* [1923]. Nueva York: Augustus M. Kelley Publishers, 1969.
- Morrow, G. R. "Adam Smith: Moralism and Philosopher". *Journal of Political Economy*, Vol. 35, N° 3 (1927).
- Mizuta, H. *Adam Smith: Critical Responses*, 6 vols. Londres: Routledge, 2000.
- Newton, I. *Opticks: or, a Treatise of the Reflections, Refractions, Inflections and Colours of Light* [1704]. Londres: Printed for William Innys, 1952.
- Nieli, R. "Spheres of Intimacy and the Adam Smith Problem". *Journal of the History of Ideas* Vol. 47, N° 4 (1986).
- Oncken, A. "The Consistency of Adam Smith". *Economic Journal*, Vol. 7, N° 3 (1897), pp. 443-450.
- Oncken, A. "The Adam Smith Problem" [1898]. Reimpreso en H. Mizuta (ed.), *Adam Smith: Critical Responses*, Vol. 1. Londres: Routledge, 2000, pp. 84-105.
- Otterson, J. R. *Adam Smith's Marketplace of Life*. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Peters-Fransen, I. "The Canon in the History of Adam Smith Problem". En E. L. Forget y S. Peart (eds.), *Reflections on the Classical Canon in Economics. Essays in honor of Samuel Hollander*. Londres: Routledge, 2001.
- Pocock, J. G. A. *The Machiavellian Moment*. Princeton: Princeton University Press, 1975.
- Rae, J. *Life of Adam Smith* [1895]. Nueva York: Augustus M. Kelley, 1965.
- Raphael, D. D. *Adam Smith*. Oxford: Oxford University Press, 1985.
- Rashid, S. "Adam Smith's Rise to Fame: A Re-examination of the Evidence". *The Eighteenth Century*, Vol. 23, N° 3 (1982), pp. 64-85.
- Rothschild, E. *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet, and the Enlightenment*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2000.

- Smith, A. *The Theory of Moral Sentiments* [1759] [TMS]. Editado por D. D. Raphael y A. A. Macfie. Indianápolis: Liberty Fund, 1984.
- Smith, A. *The Theory of Moral Sentiments* [1759] [TMS]. Editado por K. Haakonssen. Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- Smith, A. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* [1776] [WN]. Editado por R. H. Campbell y A. S. Skinner. Indianápolis: Liberty Fund, 1981.
- Smith, A. *Lectures on Jurisprudence* [LJ]. Editado por R. L. Meek, D. D. Raphael y P. G. Stein. Indianápolis: Liberty Fund, 1982.
- Smith, A. *Essays on Philosophical Subjects* [EPS]. Editado por W. P. D. Wightman y J. C. Bryce. Indianápolis: Liberty Fund, 1982.
- Smith, A. *Lectures on Rethoric and Belles Lettres* [LRBL]. Editado por J. Bryce. Indianápolis: Liberty Fund, 1985.
- Smith, A. *Correspondence of Adam Smith* [Corr.]. Editado por E. C. Mossner e I. S. Ross. Indianápolis: Liberty Fund, 1987.
- Stewart, Sir James. *An Inquiry into the Principles of Political Economy*, 1767.
- Teichgraeber, R. F. "Less Abused than I Had Reason to Expect: The Reception of the *Wealth of Nations* in Britain". *The Historical Journal*, Vol. N° 2, pp. 337-366.
- Viner, J. "Adam Smith and Laissez Faire". *Journal of Political Economy*, Vol. 35, N° 2 (1927), pp. 198-232.

NOTAS

¹ En adelante me referiré a *Una Investigación acerca de la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones* (*An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*), como WN, utilizando el sistema de referencias estándar, por libro, capítulo, párrafo y página. Utilizaré la misma notación para "La Teoría de los Sentimientos Morales" (*The Theory of Moral Sentiments*, TMS). Además me referiré a *Lectures on Jurisprudence* (LJ), *Correspondence of Adam Smith* (Corr., seguido por número de carta y página), *Essays on Philosophical Subjects* (EPS) y *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (LRBL). He utilizado la colección clásica *The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*, editada por Oxford University Press, en su versión más económica de Liberty Fund. Las traducciones del original son de mi propia responsabilidad, y cuando lo considere apropiado, también aparecerá la cita en inglés.

² Al igual que Isaac Newton, Smith nace pocos meses después de la muerte de su padre. Esta coincidencia pareciera no ser casual si se considera la relación entre ambos personajes. La influencia de Newton en el mundo intelectual, especialmente a fines del siglo XVIII, es de suma relevancia. La filosofía moral buscaba emular a la filosofía natural, de forma tal que si existía un 'sistema del mundo' que había resuelto los misterios de la naturaleza, debía existir un sistema que resolviera los problemas de la filosofía moral. El propio Newton, al final de su popular *Opticks* (1704), en el *query* 31, planteó: "Y si la filosofía natural en todas sus partes, siguiendo este método, puede ser perfeccionada, los límites de la filosofía moral también serán ampliados", Newton 1952 [1704], p. 405. Adam

Smith, en su notable “The Principles which Lead and Direct Philosophical Enquiries; Illustrated by the History of Astronomy” (en EPS, pp. 31-105), da cuenta del acabado conocimiento que tenía de Newton y de su metodología científica. En Montes (2003b) analizo esto último cuestionando la tesis de que Smith sería el padre de la teoría del equilibrio general económico debido a la influencia newtoniana. Esta última tesis sería una interpretación equivocada tanto de Newton como de Smith. En conclusión, sostengo que probablemente Smith entendió a Newton mucho mejor que nosotros los economistas.

³ Literalmente “the never to be forgotten Dr. Hutcheson” (Corr. 274, p. 309).

⁴ Sin duda a mediados del siglo XVIII no había comparación entre la enseñanza universitaria de Oxford con lo que le tocó vivir a Adam Smith en la Universidad de Glasgow. Pero además existía un importante factor histórico que conviene recordar. Pese a que la unión entre Escocia e Inglaterra ya estaba establecida desde 1707, era natural que los escoceses se refirieran a Gran Bretaña, pero los ingleses seguían haciendo la distinción entre ambas naciones. Existía un sentimiento de superioridad económica e intelectual por parte de los ingleses, que miraban a los escoceses como un pueblo inferior. Esto, tal vez, no sólo habría influido en la percepción que Smith tenía de Oxford, a través de su experiencia personal, sino que representa, a mi juicio, uno de los grandes motores en la formación de este fenómeno intelectual que es la Ilustración Escocesa. Los escoceses no sólo tuvieron que aprender a hablar y escribir en inglés, erradicando sus dialectos, sino que lucharon por superar a los propios ingleses en el buen uso del lenguaje y del intelecto. A todas estas inconveniencias se sumaba el hecho de que los escoceses eran considerados jacobitas, los que fueron desplazados del quehacer político después de la Revolución Gloriosa del 1688-1689 que destronó a Jacobo II (el último rey de la sucesión escocesa de los Estuardo). Por tanto, esa asociación con el catolicismo exacerbaba aún más el sentimiento antiescocés.

⁵ Adam Smith es admitido y elegido para la cátedra de lógica en enero de 1751, pero comienza a enseñar en octubre, donde no sólo habría enseñado lógica antigua, sino también habría continuado con el tema *rhetoric and belles lettres* de sus clases públicas de Edimburgo. La enfermedad de Craigie, catedrático de filosofía moral, lleva a la Universidad a buscar reemplazos, donde Smith se compromete a enseñar ‘Natural Jurisprudence and Politics’ (ver Corr. 9, p. 5). En noviembre muere Craigie y en abril de 1752 Smith es elegido y admitido en la cátedra de filosofía moral. En definitiva, su primera sesión como ‘Professor of Moral Philosophy’ fue la de 1752-1753. Actualmente tenemos los manuscritos de unas clases privadas de retórica dictadas en 1762-1763, publicadas como *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* (LRBL), y manuscritos de sus clases públicas de filosofía moral de 1762-3 (LJ (A)) y 1763-4 (LJ (B)), ambas publicadas en *Lectures on Jurisprudence* (LJ).

⁶ Seis ediciones se publicaron durante su vida (1759, 1761, 1767, 1774, 1781 y 1790, la última edición publicada sólo semanas antes de su muerte).

⁷ En defensa de Smith se puede decir que en su correspondencia el propio David Hume, poco antes de morir, deja el tema de la publicación de sus Diálogos a la discreción de su amigo, consciente de que lo ponía en una difícil situación (ver Corr. 156 y 157, pp. 194-96). Acto seguido Hume precavidamente decide dejarle una copia de sus Diálogos a su sobrino. Sólo días después de la muerte de Hume, el 25 de agosto de 1776, Smith le escribe a su editor de la WN (y editor de Hume) informándole que no quiere participar en la publicación de los Diálogos (Corr. 172, p. 211).

⁸ Este pasaje dice: “En el último párrafo de la primera edición de este trabajo dije que en otro discurso debería dar cuenta de los principios generales de las leyes y el gobierno, y de las diferentes revoluciones acaecidas en los diferentes tiempos y períodos de la sociedad, no sólo en lo que concierne a la justicia, sino en lo que respecta a política, ingresos y armas, y todo lo otro que sea objeto de la ley. En *Una Investigación acerca de la Naturaleza y las Causas de la Riqueza de las Naciones* (WN) he ejecutado en parte esta promesa; al menos en lo que concierne a política, ingresos y armas. Respecto a lo que falta, la teoría de jurisprudencia que he proyectado por mucho tiempo, he sido obstruido de ejecutarlo debido a las mismas ocupaciones que me han impedido revisar el presente trabajo. Pese a que mi avanzada edad me deja, reconozco, pocas expectativas de ser capaz de ejecutar este gran trabajo a mi entera satisfacción, sin embargo como no he abandonado dicho proyecto, y como deseo continuar bajo la obligación de hacer lo que pueda, he permitido que ese párrafo permanezca tal como fue publicado más de treinta años atrás, cuando no tenía duda alguna de que iba a ser capaz de ejecutar lo que había anunciado” (TMS Adv.). De esta forma, mantiene, con bajas expectativas de éxito, su promesa en TMS VII.iv.37, p. 342.

⁹ La muerte del hermano del duque de Buccleuch ocurre en París el 19 de octubre de 1766 (ver Corr. 98, p. 121) y regresan inmediatamente a Gran Bretaña el 1 de noviembre. Dugald Stewart, en su testimonio acerca de la vida de Adam Smith, cuenta que éste le habría confidenciado, después de la publicación de WN en 1776, que, de no ser por la muerte de Quesnay en 1774, él le habría dedicado su WN al padre de los fisiócratas (acerca de este curioso argumento, ver EPS, p. 304).

¹⁰ En una hermosa carta a su editor William Strahan, Adam Smith narra la muerte de su gran amigo David Hume, alabando su carácter. Este testimonio fue publicado, lo que produjo cierta reacción pública. Smith se queja de que “ese inofensivo pedazo de papel (...) me ha producido diez veces más problemas que el muy violento ataque que hice sobre todo el sistema comercial de Gran Bretaña” (Corr. 208, p. 251). Es muy probable que esto también haya influido en su negativa a publicar los *Dialogues Concerning Natural Religion* de Hume (ver *supra* nota 7).

¹¹ Existe un largo debate respecto al impacto inmediato de la WN. Al parecer no fue tan importante como se ha presumido tradicionalmente. Antes de la aparición de la segunda edición de su WN Smith le escribe a su editor ansioso por saber si “¿Se vende bien? ¿Vende algo?” (Corr. 188, p. 229), y dos años después, al pedirle tres copias, Smith le escribe: “Sospecho que soy casi su único cliente para mi propio libro” (Corr. 207, p. 249). En el tema del impacto inicial de la WN, confirmando estas sospechas, Teichgraeber (1987) sostiene que no hubo tal. Rothschild (1992; 2000, pp. 52-72) es de la misma idea y Rashid (1982) también defiende esta tesis. Sin duda su influencia inmediata no fue tan grande, pero poco a poco, y de manera marginalmente creciente, la WN fue adquiriendo prestigio no sólo en Gran Bretaña, sino también en Francia y América.

¹² Pese a que durante la época este tipo de cargos públicos constituían simples sinecuras, Smith habría cumplido responsablemente con sus labores. Similar caso es el de Newton, quien fuera *Master of the Mint*. Existen antecedentes de que incluso Smith no habría influido para iniciar un proceso de desregulación para favorecer el libre comercio, como hubiera sido de esperar (ver Anderson *et al.*, 1985).

¹³ La segunda edición de la WN apareció en 1778; la tercera, para la cual se agregaron unas 24.000 palabras, apareció en 1784, y las subsiguientes dos ediciones no

presentan alteraciones de ningún tipo. En efecto, al comienzo de la cuarta edición aclara: “En esta cuarta edición no he hecho alteraciones de ningún tipo”.

¹⁴ Incluso algunos, entre ellos Jacob Viner en su clásico “Adam Smith and Laissez Faire”, consideran que Smith estaba “viejo y enfermo” cuando realiza estos cambios y adiciones a la sexta edición de su TMS (Viner, 1927, p. 207).

¹⁵ Para una breve introducción al *Das Adam Smith Problem*, ver TMS intr., pp. 20-25, y Raphael (1985), pp. 87-90. Algunas fuentes importantes son Oncken (1897; 2000 [1898]), Morrow (1969 [1923]; 1927), Nieli (1986, pp. 612-16) y Otteson (2002, pp. 134-6). Acerca de las fuentes del Problema consultar Mizuta (2000, pp. 137-48) y Peters-Fransen (2001), y sobre los orígenes y las posibles causas del Problema en el contexto histórico de Alemania pre y postunificación, ver Montes (2003a).

¹⁶ Este hecho se encuentra claramente descrito en el testimonio de su amigo y alumno John Millar (ver EPS, pp. 273-6) y en la referencia que hace Dugald Stewart acerca del misterioso manuscrito de 1755 (ver EPS, p. 321).

¹⁷ Publicadas como *Report Dated 1766*, y hoy conocidas como LJ(B), clases que aparecen en LJ junto a LJ(A). Estas últimas corresponden a clases entre 1762-3, descubiertas posteriormente, en 1958, por John M. Lothian.

¹⁸ El término “mercantilismo” aparece por primera vez en 1763 en la obra del marqués de Mirabeau (1715-1789), colaborador de Quesnay, pero el concepto es sin duda popularizado por Adam Smith como el “sistema mercantil” o “sistema comercial”. También era comúnmente llamado ‘colbertismo’ en referencia al poderoso ministro de finanzas de Luis XIV, Jean-Baptiste Colbert (1619-1683).

¹⁹ Notable es la historia que Smith narra acerca del monje enviado como embajador del rey de Francia a reunirse con un hijo del Gengis Khan. El monje quería saber cuánto oro y plata tenían los tártaros, y el hijo del Gengis Khan le preguntaba al embajador, para ver si era un país digno de ser conquistado, por la cantidad de ganado que había en Francia. Smith termina esta anécdota planteando: “De ambas nociones, quizá la de los tártaros estaba más cercana a la verdad” (WN IV.i.2, p. 430). No en vano existe un vínculo etimológico entre la palabra capital y la palabra *cattle* (ganado en inglés). Más adelante Smith señala que el descubrimiento de América no enriqueció a Europa por la cantidad de oro y plata encontrados (WN IV.i.32, p. 447).

²⁰ Deseo mencionar dos cosas. Primero, esta tesis fue sugerida por Jacob Viner (1927) en su famoso, original e iconoclastico “Adam Smith and Laissez Faire”, donde además critica la simple versión de que Smith es un defensor del *laissez faire*. Segundo, en su defensa del libre comercio, Smith tenía claro que la apertura comercial debía realizarse en forma gradual, lo que es atingente a la forma en que se han negociado los tratados de libre comercio. (“La humanidad exige en este caso que el libre comercio deba ser reestablecido sólo por lentas degradaciones, y con una buena cuota de reserva y circunspección. Si los altos impuestos y prohibiciones fueran levantados de una vez, bienes extranjeros más baratos llegarían tan rápido al mercado doméstico, que privarían inmediatamente a muchos miles de personas de su empleo ordinario y de sus medios de subsistencia” [WN IV.ii.40, p. 469].)

²¹ La primera vez que aparece el concepto de “mano invisible” en la obra de Smith es en su ensayo “Historia de la Astronomía” (EPS, p. 49), y la segunda, en su TMS

(IV.i.10, p. 184). Siempre me ha parecido curioso el hecho de que popularmente se le asigne a la mano invisible un rol en términos de precios: la clásica interpretación de las fuerzas de mercado que a través de la oferta y la demanda determinan un precio de equilibrio. El contexto del capítulo 2 del libro IV de la WN es el del comercio exterior, y no de los precios naturales y efectivos, que es el tema del capítulo 7, libro I. Si la mano invisible hubiera aparecido explicando como se alcanza el precio efectivo o de mercado debido a la oferta y la demanda, entonces la metáfora más famosa en la historia del pensamiento económico tendría menos interpretaciones.

²² Como advertencia: uso la palabra ‘capitalistas’ para traducir *masters*, ya que el anacronismo de la traducción literal de ‘señores’ parecería hoy ofensivo; el término ‘capitalista’, que no utiliza Smith, es posteriormente acuñado por Marx.

²³ Un importante precursor de este movimiento es Pierre le Pesant Boisguilbert (1646-1714), y las figuras más relevantes que seguían a Quesnay eran Pierre-Samuel Dupont de Nemours (1739-1817), quien con su hijo Irenée fundan una fábrica que dio origen al imperio Dupont, L’Abbé Baudeau (1730-92), Pierre-Paul le Mercier de la Rivière (1727-1801), y sobre todo su gran colaborador el marqués de Mirabeau (1715-1789), junto al importantísimo Anne Robert Jacques Turgot (1727-1781).

²⁴ De allí el nombre de fisiócratas (*physis-kratos*): el gobierno o la dirección de la naturaleza.

²⁵ La República de Platón, que es la *Politeia*, es un ejemplo clásico. El mismo Aristóteles finaliza su *Ética a Nicómaco* dando paso a la magna ciencia que es la política y comienza esta obra destacando la importancia de ésta. Conviene destacar que la tradición republicana en Gran Bretaña durante el siglo XVII (Harrington, Sydney, Milton) tiene gran influencia intelectual, incluso en el pensamiento de Adam Smith. Así el padre de la economía, a mi propio entender, aún mantiene vestigios de esta importante tradición intelectual, sobre todo en el uso del lenguaje de la *virtù* y su relación con las virtudes marciales (ver capítulo 3, Montes (2004)). En este tema, *The Machiavellian Moment* (1975), de J. G. A. Pocock, es ya un clásico que narra el renacimiento de la tradición greco-romana desde el *quattrocento* en Florencia hasta la revolución americana.

²⁶ Es interesante notar que, en esta primera parte del capítulo 1 de este libro V, Smith defiende la instauración de un ejército profesional, aunque antes de escribir la WN era partidario de la causa de la milicia escocesa. Este cambio, en Smith, refleja claramente el conflicto entre economía y política, más aún, entre el nacimiento de la economía y el crepúsculo del republicanismo político, ya que por una parte la milicia y las virtudes marciales son esenciales en la tradición republicana, y por otra, la defensa del ejército profesional es realizada con argumentos económicos, como consecuencia de la división del trabajo.

²⁷ Esta idea de las cuatro etapas de la sociedad surge en el análisis del rol del Estado en cuanto a la defensa, cuando se discute la necesidad de un ejército profesional en una sociedad comercial, ante las milicias, que eran naturales en períodos previos, pero también está implícita en este argumento respecto a la justicia que se separa del poder ejecutivo en los albores de la sociedad comercial.

²⁸ Aclaro que *corruzione* es un concepto fundamental en la tradición republicana. Su connotación más amplia, de carácter político, se desvanece ante un nuevo significado que dice relación con lo económico. Este cambio también refleja el conflicto del tránsito de una

disciplina política, que incluye a la economía, a una ciencia económica, que incluye a la política.

29 Curiosamente Smith propone un peaje diferenciado, donde los carruajes de lujo paguen más para que “la indolencia y vanidad de los ricos contribuyan de una manera sencilla a aliviar a los pobres” (WN V.i.d.5, p. 725). Ahora bien, el tema es discutible ya que estos peajes pueden considerarse simplemente como un impuesto.

30 En el primer capítulo de la WN, acerca de la división del trabajo, Smith resalta cómo un invento fue el descubrimiento de un niño que quería jugar (ver WN I.i.8, pp. 20-1).

31 Por ejemplo, Mandeville era contrario a las “escuelas de caridad”, ya que no sólo se les crearían falsas expectativas a los pobres, sino que además muchos no querrían realizar las duras labores que sin esta enseñanza habrían realizado, perjudicándose, mediante la falta de mano de obra no calificada, el desarrollo económico (*An Essay on Charity and Charity-Schools*, 1729).

32 En cambio existen algunos elogios para los presbiterianos y anglicanos (WN V.i.g.37, p. 810 y WN V.i.g.34, pp. 807-8, respectivamente).

33 Por ejemplo, propone menores impuestos a los terratenientes que cultiven la tierra, penalizando el ahorro del rentista. Promueve, también, el impuesto al alcohol, fomentando el consumo de cerveza por sus propiedades nutritivas.

34 Esta última consecuencia no intencionada sí sería el resultado de estos tres aspectos: la mano invisible, el interés propio y el liberalismo de Adam Smith.